

Imaginario del descubrimiento: crónicas sobre mujeres y antropofagia

Por *Sofía* REDING BLASE*

Los débiles inicios

LA PRIMERA CONSTRUCCIÓN EUROPEA en el Caribe se erigió con los materiales recuperados tras el naufragio de la nao *Santa María* que encalló en un arrecife de coral en 1492: el Fuerte de Navidad en la isla La Española, llamado así en razón de la fecha en que ocurrió el desastre.¹ En ese sitio, en el actual Haití, se acuarteló la tripulación de la malograda nave capitana, con instrucciones de aguardar a que volvieran por ella. El desenlace de esa aventura colonizadora fue mortal para los treinta y nueve hombres que Cristóbal Colón había dejado tras de sí.² Al asentamiento contribuyó la alianza que el Almirante consiguió con el cacique Guacanagarí, en quien encarnó una añeja imagen clavada en el imaginario europeo: la del buen salvaje. A consecuencia de esa figura, alegoría tanto como reliquia de una Edad de Oro en la que predominan paz y bondad, Colón descartó la imagen inversa hasta que en 1493, de vuelta a aquel asentamiento, surgieron motivos para incorporar al imaginario colombino la contraparte del salvaje hospitalario y amable: la figura del salvaje hostil irrumpió cuando se encontró en ruinas aquel fuerte y los cadáveres de quienes se habían quedado ahí.³

Si bien no hubo manera de contactar a los presuntos autores del crimen, se supuso que serían caciques hostiles a la presencia de los forasteros, según lo expuso Guacanagarí, el aliado del Almirante. Con ello en mente, la imagen espectral del mal salvaje vino a materializarse de forma contundente en el relato de lo acontecido,

* Investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <reding@unam.mx>.

¹ Según Bartolomé de Las Casas, el hundimiento ocurrió en la noche del 24 al 25 de diciembre de 1492, cuando alguien dejó el gobernalle en manos de un mozo grumete y la nao encalló chocando con una cadena de arrecifes, véase Fray Bartolomé de Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. I, cap. LIX.

² Entre ellos se contaba a Diego de Arana (cuñado de Cristóbal Colón) y Luis de Torres, el traductor que Colón había llevado consigo para la primera expedición, docto en varias lenguas asiáticas; véase Alicia B. Gould, *Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1984, pp. 58-62.

³ Se dice que fueron mil quinientos hombres los que acompañaron a Colón en su segundo viaje al Caribe. Esta travesía fue planeada con meticulosidad por Juan Rodríguez de Fonseca, muy cercano colaborador de los reyes.

mismo que algunos acompañantes de Colón refirieron a sus correspondientes en España e Italia; destacan las crónicas de Diego Álvarez Chanca —el primer médico llegado a nuestra región—, Michele da Cuneo —que protagonizó el primer ataque sexual registrado— y Guillermo Coma —de quien se duda haya efectivamente viajado.⁴

Así pues, la primera edificación europea en el Caribe incluyó aspectos materiales, pero también imaginarios. En ellos habré de concentrarme en las siguientes líneas, enfocando mi interés en lo que se dijo de los caníbales y, en especial, de las mujeres acusadas de prácticas antropofágicas.

Despliegue del imaginario canibal

Dos cosas hay que tomar en cuenta para analizar el talante de las imágenes que fueron (re)producidas durante los viajes de expedicionarios europeos a América a fines del siglo xv. La primera consiste en definir el imaginario; la siguiente es establecer cómo ciertas imágenes alentaron una determinada simbólica sobre lo descubierto, que llevarían simultáneamente a representar a los nativos como amables, pero también detestables. En este tenor, las representaciones sociales son “una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos”.⁵ Así, como característica de la manera en que se presenta la realidad al sujeto cognoscente, la representación social está, por decirlo de alguna manera, mediada por el sujeto que la percibe y la conoce:

Toda representación está compuesta de figuras y expresiones socializadas. Conjuntamente, una representación social es una organización de imágenes y de lenguaje porque recorta y simboliza actos y situaciones que son o se convierten en comunes. Encarada en forma pasiva, se capta como el reflejo, en la conciencia individual o colectiva, de un objeto, un haz de ideas, exteriores a ella.⁶

⁴ Se destacó la crónica al respecto, en la carta al Cabildo de Sevilla, signada por Diego Álvarez Chanca. Remito al artículo de mi autoría “Testimonios sobre canibalismo en la carta del Dr. Chanca al Cabildo de Sevilla”, *Revista de Historia de América* (IPGH), núm. 154 (enero-junio de 2018), pp. 135-148, en DE: <https://revistadehistoriadeamerica.uco.es/content/revista/1/file/RHA_154_5_Reding.pdf>.

⁵ Sobre la representación social como categoría, elaborada a partir de Durkheim, véase Serge Moscovici, *El psicoanálisis, su imagen y su público* (1961), Buenos Aires, Huemul, 1979, p. 17.

⁶ *Ibid.*, p. 16.

Las mediaciones, es decir aquello que interviene en el proceso del conocimiento, son producto a la vez que resultado de universos simbólicos e icónicos y, por ende, del imaginario, incluso del científico. Toda vez que el segundo viaje de Colón tuvo un carácter exploratorio proyectado para la colonización, hay que examinar de qué manera fueron representados los caribeños: como aliados o como obstáculos. Para ello, se echó mano de figuras o imágenes ya familiares a los exploradores europeos.

El concepto *imaginario* fue acuñado por Cornelius Castoriadis en *La institución imaginaria de la sociedad* (1975) para dar cuenta de las prácticas y los discursos que anidan en el inconsciente social. Aunque esa concepción es fundante, prefiero remitir a la noción esbozada por Charles Taylor, porque en ella encuentro más elementos para ceñir la interpretación de las imágenes de enemistad que, a cuenta del choque cultural, dieron nueva fluidez a figuras sedimentadas en el imaginario medieval y facilitaron dinámicas de desafiliación o alejamiento de los Otros. En palabras de Taylor:

Por imaginario social entiendo algo mucho más amplio y profundo que las construcciones intelectuales que puedan elaborar las personas cuando reflexionan sobre la realidad social de un modo distanciado. Pienso más bien en el modo en que imaginan su existencia social, el tipo de relaciones que mantienen unas con otras, el tipo de cosas que ocurren entre ellas, las expectativas que se cumplen habitualmente y las imágenes e ideas normativas más profundas que subyacen a estas expectativas.⁷

¿Qué esperaba encontrar el Almirante? Oro, por supuesto, pero también sujetos que se lo entregaran casi voluntariamente. Ello explica que, aun siendo renuente a creer que la hostilidad de los salvajes llegara a ser imbatible, no descartara la posibilidad de que, en efecto, pudieran presentarse episodios de violencia y resistencia. En tal caso, la orden establecida en las capitulaciones santafesinas firmadas por Colón y los reyes de España era muy diferente a lo que suele decirse: que se trataba de un contrato para expandir la fe, como si emulara el llamado de Clermont lanzado por el papa Urbano II.

En realidad se trataba de ocupar los territorios descubiertos de un modo distinto a como ocurrió con las Cruzadas. Se sobreentendía que cualquier obstáculo debía ser neutralizado y, de hecho, dado

⁷ Charles Taylor, *Imaginario sociales modernos*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2006, p. 37.

que uno de los móviles de la empresa colombina era el establecimiento de rutas mercantiles, no le interesaba al Almirante hacer del conocimiento de sus patrocinadores el rechazo expresado por algunos caribeños; antes bien, se trataba de insistir en su carácter cordial a fin de establecer una estrategia segura y exitosa.

En cuanto a los salvajes hostiles, que los nobles salvajes llamaban “caníbales”, Colón optó al inicio por considerarlos soldados del Gran Kan: “y así tornó a decir, como otras veces, dice él, que Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vecino, y ternán navíos y vernán a captivarlos, y como no vuelven creen que se los han comido”.⁸

Durante su segundo viaje, por el contrario, sí admitió en una solicitud que envió a los reyes que los llamados caníbales eran antropófagos; costumbre que podían desaprender si se les trasladaba a España y se les confiaba a cierto tipo de persona

con quien puedan mejor aprender la lengua, ejercitándolos en cosas de servicio, y poco á poco mandando poner en ellos algún más cuidado que en otros esclavos para que deprendan unos de otros, que no se hablen ni se vean sino muy tarde, que más presto deprenderán allá que no acá, y serán mejores intérpretes, como quier que acá non se dejará de hacer lo que se pueda.⁹

La respuesta fue que “está muy bien, y así lo debe hacer; pero que procure allá, como si ser pudiere, se reduzgan á nuestra santa Fe católica, y asimismo lo procure con los de las islas donde está”.¹⁰

Al asentamiento, por tanto, le seguiría la extirpación de costumbres inaceptables. En eso —y nunca mejor dicho— consistía la *colonización*: conseguir que los caníbales “gente tan fiera y dispuesta, y bien proporcionada y de muy buen entendimiento”,¹¹ se quitaran esa “inhumana costumbre que tienen de comer hombres, y allá en Castilla, entendiendo la lengua muy más presto recibirían el bautismo, y farían el provecho de sus ánimas”.¹²

A desenraizar lo malo, es decir, lo imperfecto, iba a contribuir enormemente la primera relación etnográfica del Caribe, a la que su autor, el fraile jerónimo Ramón Pané, dio soporte al aportar,

⁸ Así se lee en la versión, la única que se conoce, del *Diario de a bordo*, que nos llegó intervenida por la pluma de Bartolomé de Las Casas. La cita corresponde al 11 de diciembre de 1492.

⁹ “Memorial a Antonio de Torres”, en *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*, Madrid, Librería de la Viuda de Hernando y Co., 1892 (*Biblioteca Clásica*, tomo 164), p. 212.

¹⁰ *Ibid.*, p. 213.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, p. 212.

además de su parecer, materiales probatorios que recolectó para programar convenientemente la extirpación y disponer cuerpos y almas para la posterior evangelización. El reporte de Pané no fue, desde luego, el único testimonial; al suyo se sumarían las cartas de los ya mencionados Diego Álvarez Chanca y Michele da Cuneo, quienes, entre otros, desgranarían dimes y diretes relativos al canibalismo supuestamente practicado por algunos isleños para excusarse de la conducta de la que ellos mismos hicieron gala. Así las cosas, construyeron ficciones que dejaron plasmadas en sus cartas, y en las que los caníbales aparecían como una amenaza a la expansión y la prosperidad.

Ambos expedicionarios compusieron sus relatos presentando personajes elaborados con antelación, y los colocaron en escena acompañados de una ruidosa confusión de voces que no sólo acusaban de antropofagia a los isleños, sino que insonorizaban su alteridad.

De igual manera, los vaivenes y contrastes entre optimismo y pesimismo respecto de la naturaleza gentil u hostil del salvaje, serán signos del modo en que se despliega la construcción del sujeto salvaje, tanto como la del colonizador. En este contexto hay que examinar la representación del enemigo o, en estas líneas, de la enemiga, a partir del análisis de su construcción o configuración, ya que la imagen proyectada tuvo un determinado comienzo.

Chanca y Cuneo no sólo canibalizaron al caribeño sino que, al enfocar su mirada en las caribeñas, teóricamente más proclives a devorar carne humana, dieron pauta para pensar que la guerra contra los caníbales sería tan breve y fácil, como imperativa. En efecto, al parecer del doctor Chanca, las caribeñas amables le contaron que en otras islas, particularmente en Dominica, había mujeres devoradoras de niños. Esta imagen se enlazó con otras que, en el imaginario europeo de la época —o deberíamos decir, de las épocas porque se trata de un periodo de grandes cambios— estaba plagado de estereotipos de lo femenino pervertido, como sería el caso de despechadas amazonas o grotescas brujas.

En este sentido, el sometimiento del cuerpo femenino es indispensable de acuerdo con una representación social en la que la corporalidad se considera un campo de batalla entre fuerzas del bien y del mal. Las violaciones sistemáticas y los embarazos derivados de aquéllas son la objetivación de una representación simbólica de la colonización y del dominio varonil que se asienta en la fuerza física, con la complicidad o la indiferencia de los testigos directos

o indirectos de dichas violaciones. La confabulación no era gratuita en aquellos tiempos teñidos de nostalgia por la Antigüedad clásica: tal vez los agresores recordaban, y con ello legitimaban sus acciones, que ciertas mujeres engañaban a los varones, como lo hacían las lamias o mormolicias, para chupar la sangre y comer la carne de sus víctimas:

Ni por tierra ni por mar podía el honrado varón fiarse de la artera mujer que le acechaba para emboscarlo en la tradición grecorromana que va de Homero a Horacio; a esa tradición pertenecen tanto las sirenas, que con rostro y senos de bella dama pero cuerpo de pájaro o bien de pez, encantaban en el mar a los navegantes con sus cantos arrebatadores para luego devorarlos, como las lamias, que en tierra atraían a los caminantes con su rostro y seno de mujer pero cuerpo de serpiente; escondiéndose tras los altos matorrales, arrullaban a los extranjeros con sus encantadores silbidos para comérselos una vez cometían éstos la imprudencia de acercarse. Mención aparte merecen las empusas, unos femeniles protovampiros que seducían a jóvenes varones para chuparles la sangre después de haber yacido con ellos.¹³

En fin: los protagonistas de la mentira construida respecto de que las caribeñas son antropófagas van a estirla en sus narraciones y, con ello, agregar a las calibanesas al legado de imágenes que serán algo así como el prólogo de sus argumentaciones acusatorias.

Cuerpos vulnerables

TAL vez el Mar Caribe haya parecido inasible a los compañeros de Colón acostumbrados al cerrado Mediterráneo; postergada la llegada a las costas de Catay —aparente objetivo de la empresa— pero habiéndose cerciorado de que la ruta marítima fijada por el Almirante era segura, se hacía necesario tender un puente que conectara lo ya conocido, o al menos previamente descrito, con lo incógnito e inédito; de otro modo, las islas halladas quedaban fuera de la Creación. Las islas que el Almirante describiera durante su primera expedición pronto fueron publicitadas en relatos secundarios como *La storia della inventione delle nuove insule di Channaria Indiane* escrita por Giuliano Dati en 1493, impresa en papel barato, para ser leída a un público plebeyo que la recibió

¹³ Miguel Catalán, *Antropología de la mentira*, Madrid, Diputació de Valencia/Taller de Mario Muchnik, 2005, p. 270.

con gran entusiasmo.¹⁴ Se trata de “un poemita en octava rima, de escaso valor literario, pero significativo en cuanto resonancia casi inmediata del descubrimiento colombino [...] el poema se resuelve en una exaltación del compromiso religioso y del evento como debido a la voluntad de Dios”.¹⁵

En dicho poema o *cantare*, los indios son descritos como desnudos, desprendidos y desarmados; también se hace mención al Fuerte de Navidad y, por supuesto, a la ferocidad de los indios que habitan una isla que Dati dice se llama “Charis”, y que comen carne humana. De igual manera, se habla de “Mattanino”, poblada exclusivamente por mujeres que se cubren sólo con hierbas y cañas, y que son expertas en el manejo del arco y la flecha.

Estas últimas llamarán la atención más adelante y fácilmente encontrarán su lugar en el imaginario occidental, lo que evitará una divergencia que ocasione malestar. Como señala Remedios Mataix Azuar, de la Universidad de Alicante:

Para representar al Otro, la alteridad absoluta que era América, la imaginación europea, tan eurocéntrica y androcéntrica, acudió a la tradicional feminización de la naturaleza conquistada (un tropo recurrente del pensamiento colonizador por lo menos desde Hesíodo), como parte de ese fenómeno inevitable —lo fue para europeos y americanos— de inserción de lo desconocido que aparecía repentinamente en los paradigmas explicativos de la propia tradición.¹⁶

El “mal bello” del que habló Hesíodo se hizo carne en tierras americanas. En ese tenor es que Mataix Azuar examina el modo en que la lógica de la conquista activó el mito inversor del ordenamiento masculino: el mito de las amazonas. Así, afirma que dicha activación se explica porque la amazona

constituye una suerte de exterioridad enemiga y amenazante del mundo civilizado y de la experiencia humana *normal*, cuyo mundo es el reverso de los valores respetados en la *polis*; una figura antípoda del orden establecido

¹⁴ Véase el estudio escrito por Riccardo Brusagli, “Voices from the New World: Giuliano Dati’s *La storia della inventione delle nuove insule di Channaria Indiane*”, *Journal of Early Modern Studies* (Firenze University Press), núm. 7 (2018), pp. 63-97.

¹⁵ Giuseppe Bellini, “Colón y el descubrimiento en la cultura italiana”, en Sonia Mattalia, Pilar Celma y Pilar Alonso, eds., *El viaje en la literatura hispanoamericana: el espíritu colombino*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2008, pp. 59-84, p. 63.

¹⁶ Remedios Mataix Azuar, “Androcentrismo, eurocentrismo, retórica colonial: amazonas en América”, *América sin nombre* (Universidad de Alicante), núm. 15 (2010), pp. 118-136, p. 119.

—que para el imaginario androcéntrico europeo ha de ser femenina— en la que confluyen los peligros de la barbarie, la amenaza de una inversión del patriarcado occidental y los terrores inconscientes masculinos proyectados sobre la feminidad.¹⁷

La América-Amazona, como la llama la autora, enseguida se configuró como disponible y hostil, seductora y siniestra, capaz de incitar a la vez el temor y el deseo.¹⁸ Tal configuración vendría a ser expresada por Colón, dice Mataix Azuar, en la carta que el Almirante escribió a Luis de Santángel en 1493, y donde describe a las isleñas de Matinino aludiendo al mito amazónico, aunque no pudo contactarlas; fray Ramón Pané y después Pedro Mártir de Anglería expresarían más o menos lo mismo y todos estimaban que esas mujeres debían ser antropófagas. Además, cabe decirlo, se pensaba que la isla albergaba grandes cantidades de oro con lo cual se hacía indispensable derrotar a las antropófagas, para acceder al preciado metal.

Un episodio violento que ilustra la derrota de la América-Amazona fue protagonizado por Michele da Cuneo, hidalgo de Savona que también se embarcó en el segundo viaje. En una carta dirigida a su paisano Gerolamo Annari, Cuneo describe cómo domó a una mujer que su amigo Colón le había obsequiado:

Como yo estaba en el batel [barca], apresé una caníbal bellísima y el Señor Almirante me la regaló. Yo la tenía en mi camarote y como según su costumbre estaba desnuda, me vinieron deseos de solazarme con ella. Cuando quise poner en ejecución mi deseo ella se opuso y me atacó en tal forma con las uñas, que no hubiera querido haber empezado. Pero así las cosas, para contaros todo de una vez, tomé una soga y la azoté tan bien que lanzó gritos tan inauditos como no podríais creerlo. Finalmente nos pusimos en tal forma de acuerdo que baste con deciros que realmente parecía amaestrada en una escuela de ramerías.¹⁹

¹⁷ *Ibid.*, p. 120.

¹⁸ *Ibid.*, p. 121.

¹⁹ Este suceso que tiene lugar durante el segundo viaje es relatado por Michele da Cuneo en su “Carta de Savona” del 15-28 de octubre de 1495, en Alberto Mario Salas y Miguel Guerin, selección de textos y notas, *Floresta de Indias*, Buenos Aires, Losada, 1970, p. 23. Vale apuntar que, según Cuneo, el Almirante ordenó atrapar a mil quinientos hombres y mujeres, dejando a cuatrocientos libres y condenó a quinientos a ser enviados a España, y otros seiscientos que quedaban en la isla a ser esclavizados. Alrededor de doscientos de los quinientos enviados a España murieron en el viaje y sus cuerpos fueron arrojados al mar.

En la cita anterior podemos notar cómo el violador se vuelve el centro de la gesta y el héroe que gana la batalla sobre el cuerpo caníbal: el testimonio del violador, además, permite a otros medir la capacidad de respuesta de la enemiga conquistada en el doble sentido del término: política y eróticamente. La carta de Cuneo, minimiza el peligro de cruzar el Atlántico porque la enemiga —la mujer del enemigo— es fácil de violar. La suya resulta una narrativa que, por sicalíptica, alentó la guerra al reducirla a divertimento erótico y represalia motivada por el rechazo de la mujer.

Así como Cuneo cantó victoria sobre la belleza caníbal —circunstancia que se convirtió en motivo para su violación— otro expedicionario insistió en atribuir a las caribeñas un carácter lascivo. Fue Guillermo Coma, que aseguraba haber participado en el segundo viaje aunque no aparece entre los pasajeros, quien escribió que las mujeres de la Isabela, de suaves ademanes y andares lascivos: “juegan con los nuestros y coquetean sin recato, con tal que no se trate de nada vergonzoso, pues se ofenden si se abusa de las bromas”.²⁰ En suma, como afirma Mataix Azuar:

El canibalismo va unido a la promiscuidad y la lascivia porque todos significan exceso de apetitos; una destemplanza “monstruosa” con la que la amazona América exhibirá su condición de salvaje (un ser sin restricciones culturales y por tanto perverso) y se hará depositaria de la representación emblemática tradicional de pecados como la Lujuria y la Gula —antropófaga en este caso.²¹

El exceso quedará también expuesto en el areíto descrito por Guillermo Coma:

Bailan de la siguiente manera: muchas, cuyo cabello ciñen diademas y mitras, salen al tiempo de un mismo sitio, ya emprendiendo una carrera, ya con movimientos más reposados. Las laminillas que llevan metidas en sus dedos causan, al chocar entre sí, un repiqueteo no desagradable. A este son y con voz no discorde y cántico no desabrido, hacen “dispuestas a mostrar su flexibilidad, una danza muy muelle y dislocada con contorsiones sinuosas” en un orden bellissimo, entrelazándose a veces en una cadena variada e inextricable sin que ninguna sobresalga de las demás, “con gran admiración de quienes las contemplan”; tras agitarse con descaro en el baile y fatigarse

²⁰ Juan Gil y Consuelo Varela, eds., *Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas*, Madrid, Alianza Universidad, 1984, p. 202.

²¹ Mataix Azuar, “Androcentrismo, eurocentrismo” [n. 16], pp. 124-125.

con movimientos desvergonzados, aceleran el ritmo al mismo compás y terminan esa danza prolongada con un grito.²²

De acuerdo con Beatriz Pastor, las implicaciones que trae consigo la descripción son muy fuertes. De hecho, podemos decir que el relato tiene la impronta renacentista que pone en contradicción lo “salvaje” o bestial, con lo civilizado:

Hay una clara ambivalencia dentro de la innegable fascinación del testigo narrador que se expresa en cuatro términos que marcan un deslizamiento fundamental: lascivos, dislocada, descaro, desvergonzados. El movimiento sensual de la danza que disloca en contorsiones sinuosas el cuerpo de la mujer disloca también la conciencia del narrador en un erotismo irresistible. El deseo recalca la curva voluptuosa, la cadencia muelle; el miedo se inscribe en la contigüidad *muelle-lascivo*, *muelle-dislocado*, *orden bellissimo-descaro* y en la equiparación final del movimiento de la danza con lo desvergonzado. La ambigüedad central de una caracterización contradictoria muestra las huellas de la ansiedad inconfundible que despierta en el hombre una mujer que es objeto del deseo pero que es también otra, es decir, signo inquietante de la amenaza de una feminidad no cautivada ni domesticada.²³

Con lo visto aquí podemos comprobar que el imaginario es siempre parte de una estrategia. Como tal, y habida cuenta del referente militar, sirve para trazar determinada conducta a partir de planes o ideaciones que se comunican socialmente. En tal proceso, los relatos testimoniales se convierten en dispositivos emisores, a la vez que en receptores de ese imaginario.

Además de erotizar a las caribeñas, se las canibalizó. Chanca, por ejemplo, aseguraba que la ingesta de carne de niños, practicada por las habitantes de Dominica, era un peligro: si bien le parecía que la acusación de antropofagia podía ser falsa porque provenía de pueblos enemistados unos con otros, de todos modos describió lo que pudiera ser de utilidad para aportar claridad al caso.

En su carta, Chanca cuenta que desde los primeros días de la segunda expedición ya se tenían indicios de canibalismo; unos hombres habían traído a bordo algunos huesos de brazos y piernas. Las osamentas hicieron sospechar que las islas eran “habitadas de gente que come carne humana”, y de la cual le habían hablado al

²² Gil y Varela, *Cartas de particulares a Colón* [n. 20].

²³ Beatriz Pastor Bodmer, *El jardín y el peregrino: el pensamiento utópico en América Latina (1492-1695)*, México, UNAM, 1999, pp. 277-278.

Almirante durante su primer viaje. Las dudas se disiparon con abrumadoras evidencias que indicaban que los festines antropofágicos eran habituales, porque durante los ocho días que duró el ir y venir por las costas hallaron “infinitos huesos de hombres”. Se deduce que, además de ser antropófagos, eran insaciables, lo que, como hemos visto, ubica a los caribeños cometiendo más de un pecado.

“Pero el propio Chanca puso pronto en duda que esos hallazgos fueran una demostración de antropofagia, pues cráneos también había en las moradas de los pacíficos arruacos”,²⁴ es decir, en La Española. En efecto, en la carta de Chanca se lee al respecto: “buscando las cosas que tenían guardadas en una esportilla mucho cosida é mucho á recabdo una cabeza de hombre mucho guardada. Allí juzgamos por entonces que seria la cabeza de padre ó madre, ó de persona que mucho querían. Después he oido que hayan hallado muchas desta manera, por donde creo ser verdad lo que allí juzgamos”.²⁵

En cuanto a las mujeres Caribe o más acertadamente Kalínago, Chanca refiere que hablaban una lengua distinta de la de los varones, lo que podría explicar que, en algún momento, se haya pensado que si vivían en una comunidad lingüística autónoma, también su comunidad política sería independiente de la de los varones. Lo cierto es que ellos eran originarios de las Guyanas y no del Caribe a donde habrían llegado hacia el siglo XIII o XIV, y habrían matado o incluso devorado a los varones, para quedarse con sus mujeres. Sobre eso escribió Chanca que:

Esta gente saltea en las otras islas, que traen las mugeres que pueden haber, en especial mozas y hermosas, las cuales tienen para su servicio, é para tener por mancebas, é traen tantas que en cincuenta casas ellos no parecieron, y de las cativas se vinieron más de veinte mozas. Dicen también estas mugeres que estos usan de una crueldad que parece cosa increíble; que los hijos que en ellas han se los comen, que solamente crían los que han en sus mugeres naturales. Los hombres que pueden hacer, los que son vivos llevánselos á sus casas para hacer carnicería dellos, y los que han muertos luego se los comen.²⁶

²⁴ Iósif P. Maguidóvich, *Historia del descubrimiento y exploración de Latinoamérica* (1965), Moscú, Progreso, s.f., p. 51.

²⁵ Carta del doctor Chanca al Cabildo de Sevilla incluida en *Relaciones, cartas y otros documentos, concernientes a los cuatro viajes que hizo el Almirante D. Cristóbal Colón para el descubrimiento de las Indias Occidentales*, en *Colección de los viajes y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*, coordinada e ilustrada por Martín Fernández de Navarrete, Madrid, Imprenta Real, 1825, tomo I, p. 215.

²⁶ *Ibid.*, pp. 204-205.

Respecto de las Kalínago, a Chanca le cuentan cosas espantosas como que no se comen a sus hijos, sino a los de sus prisioneras; lo que es, por decir lo menos, interesante, ya que los Kalínago podrían haber permitido o incluso obligado a las mujeres (novias raptadas) a matar o comerse a los hijos de otras. O podrían haberlos devorado para eximir de su ilegitimidad a sus propios descendientes, eliminando a los otros, pues la bastardía requiere que haya una contraparte, es decir, la filiación legítima. Esta especulación es mía e intuyo que podría haber explicado la violencia que, aparentemente, marcaba las relaciones interétnicas de la época: mujeres que comen niños ajenos y muchachos castrados y esclavizados que luego serán devorados, ciertamente garantiza el patriarcado local.

Además, con la llegada de los europeos, la desafiliación continuaría e incrementaría la violencia trastocando los sistemas de parentesco, desplazando las articulaciones del dominio patriarcal de una a otra cultura sin por ello eliminar las disposiciones o configuraciones de la masculinidad dominante. En este sentido, la guerra contra las mujeres era necesaria para poner a salvo a los varones, tanto adultos como pequeños: las antropófagas son, entonces, amenaza para el varón colonizador porque él también quiere carne, pero para ponerla a cultivar y extraer metales.

El que las mujeres hayan sido cautivas por uno y otro bando —el caníbal y el español— desató diversos enfrentamientos, sobre todo el que resultó en la muerte de los primeros colonos, probablemente atacados por los caciques Canoabó y Mayrení hartos de que tomaran por fuerza a sus mujeres; “el mal que les vino fue de celos”, escribió Chanca. Eso, o bien que habrían muerto buscando oro. Aquéllas eran, al menos, las respuestas que daba Guacanagarí, el cacique aliado de los españoles, y que presuntamente había resultado herido en la pierna durante la reyerta contra los saqueadores. Chanca, tras examinar al cacique que se mecía en su hamaca la mar de cómodo, no le creyó.

Lo que está fuera de duda, es que los españoles se habían pasado de la raya e incluso la habían borrado en un intento, por demás misógino, de suprimir la tensión entre erotismo y civilización. Es más: esa tensión haría que, posteriormente, se obligara a los conquistadores/colonizadores a traer a sus esposas, aunque todavía pasaría tiempo antes de que arribaran a América las primeras mujeres europeas. Hay que tener presente que los primeros mestizos fueron producto de la violación y que sus madres, como también los esposos, fueron perseguidos y esclavizados.

Veamos la crítica de Manuel de la Vega, fraile franciscano y comisario general de las Indias, cuya obra rescató Carlos María de Bustamante:

Se coloreaba esta piratería con el título especioso de expedición contra los caníbales, y casi pensaban estos tratantes que merecían mucho para con Dios, como si fuera una guerra santa: fuera de eso había una declaración del Rey que permitía hacer esclavos á todos los antropófagos ó comedores de carne humana, y sin exámen se tenían á todos los indios del nuevo mundo por culpables de este delito.²⁷

Tránsito de la carne a la sangre

Lo que trajo consigo la canibalización del Caribe y después de casi todo el continente, deja en claro que no le faltaba razón a María Zambrano cuando decía que el estudio de la historia es como el de un caso criminal; como tal hay que considerar la colonización. Imposible imaginarla como si fuera un proceso de pacificación, pues lo que se instituyó fue un cambio en las formas de producir y reproducirse, porque del contacto y del conflicto también resultaron nuevas formas de parentesco. Como señala Berta Ares Queija:

En efecto, hay indicios suficientes como para poder afirmar que las uniones que un número indeterminado de colonos estableció con cacicas e hijas o parientas de caciques fueron esenciales para disponer de alimentos en épocas de hambruna (y algunas de éstas pasaron los pobladores de La Isabela), para tener acceso fácil a sirvientes y a mano de obra agrícola y minera entre toda la parentela de la mujer o mujeres, para hacerse tratar como auténticos caciques y para aspirar incluso a ser “señores de tierras y vasallos”.²⁸

También nos recuerda Ares Queija que el amancebamiento y barraganía eran prácticas si no aprobadas, al menos sí toleradas. De hecho, lo que ella afirma nos remite al consejo que dieran los reyes a Colón en el sentido de no enviar a los caníbales a España, sino procurar que sus hábitos cambiaran mediante la convivencia con los españoles: en 1503, a través de una instrucción para la población

²⁷ Fray Manuel de la Vega, *Historia del descubrimiento de la América septentrional por Cristóbal Colón*, con notas de Carlos María de Bustamante, México, Oficina de la Testamentaria de Ontiveros, 1826, p. 226, en DE: <<http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012361/1080012361.PDF>>.

²⁸ Berta Ares Queija, “Relaciones sexuales y afectivas en tiempos de conquista”, en Consuelo Varela, coord., *Cristóbal Colón, 1506-2006: historia y leyenda*, Palos de la Frontera, Universidad Internacional de Andalucía, 2006, p. 240.

y regimiento de las Indias, “se ordena directamente al gobernador y demás autoridades civiles y religiosas que, además de tratar de implantar el matrimonio católico entre los indios, procuren que se realicen casamientos mixtos ya que de ese modo se favorecerá la propia evangelización”.²⁹

Me arriesgaré a decir que el racismo consiguió acta de nacimiento con esas instrucciones, pues de alguna manera los matrimonios —y amancebamientos— entre españoles e indígenas dieron origen a seres cuya “calidad” se iba a medir conforme la pigmentación de la piel. Las castas, desde luego, fueron la fórmula operacional o estratégica para que la guerra continuara sobre las pieles. Debajo de ellas, en los órganos internos, la colonización seguiría mediante el acto de comer: mediante el consumo de trigo, grano introducido a América por María Escobar, hacia los años cuarenta del siglo xvi. Y cultivar una tierra ajena, también es una manera de colonizarla.

Si bien esa cuestión es propia de la gastronomía que estudia la relación entre la cultura y el alimento, lo cierto es que también implica una representación de lo *bueno para comer* —por hacerle un guiño a Lévi-Strauss— y lo que es malo y eso, de suyo, es un asunto también interesante para el estudio de las ideas producidas en América a cuenta de la persecución de antropófagos y la desindianización mediante la reproducción biológica. Así, en lugar de comerse niños ajenos para evitar la bastardía, las antropófagas se convierten en vientres destinados a poblar estas tierras, como si fueran hornos. Y la metáfora útil no es aquí sólo gastronómica, sino ontológica: la matriz es molde o caldero, porque en ella se funden razas. Llama la atención que en inglés, idioma de la Revolución Industrial, *fundición* se diga *smelting* y también *casting*.

Así pues, queda abierta la puerta a posteriores reflexiones sobre el proceso mediante el cual se combatió la antropofagia, se modificó la relación con los alimentos y, por último, se pensó en fundir material genético. Tales procesos no se asimilarían del mismo modo y dieron origen al sistema de castas, a nuevos itinerarios de las representaciones sociales y a su vinculación con imágenes que ilustran las líneas de sangre.

La “vivencia de las diferencias corporales”, como la llama López Beltrán,³⁰ deviene, entre otros factores, de la humillación

²⁹ *Ibid.*, p. 245.

³⁰ Carlos López Beltrán, “Sangre y temperamento: pureza y mestizajes en las sociedades de castas americanas”, en Frida Gorbach y Carlos López-Beltrán, eds., *Saberes*

y rapto de los cuerpos femeninos. Los problemas para procesar la diversidad corporal o cultural que él descubre en la llamada “pintura de castas” reflejaban, asimismo, los esfuerzos de las élites por permanecer en los más altos escaños, reforzando la pigmentocracia en la América española y la inevitable abyección de aquellos individuos producto de la “cruza de razas”: “La historia que atestigüamos entonces es la de la materialización o corporeización de la distancia social”.³¹

De nueva cuenta nos percatamos del camino que lleva desde el rechazo a una especie de canibalismo —el practicado para evitar la reproducción del enemigo— a una asimilación o al menos cierta tolerancia a la mezcla de linajes o sangres lo que, de suyo, es también un acto vinculado con la antropofagia a través del “vampirismo”, práctica igualmente degradante y muy mal vista por los evangelizadores.

La trayectoria que se sigue, desde el supuesto avistamiento de caníbales y su combate hasta su conversión en vientres para poblar, es la que ha hecho exclamar a muchos que la antropofagia cultural es la salida a los problemas del racismo. Desde luego esta propuesta se hace en un lenguaje alegórico que tiene su origen, como se sabe, en la “filosofía de los calibanes” y nos conduce a Sycorax, la madre de Calibán, personaje de *La tempestad* de Shakespeare, una bruja que esclaviza los aires de civilidad.

Por último, destaquemos que el estudio del proceso de exploración y poblamiento de América no puede dejar de lado el análisis del imaginario patriarcal, ni las consecuencias que tuvo cuando se objetivó en los cuerpos femeninos que, violentados, poblaron esta región.

locales: ensayos sobre historia de la ciencia en América Latina, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2008, pp. 289-331, en DE: <<http://www.filosoficas.unam.mx/~lbeltran/Textos/Articulos/CastasLopezBeltran.pdf>>.

³¹ *Ibid.*, p. 326.

Sofia Reding Blase

RESUMEN

Diversas crónicas relativas al descubrimiento y exploración de América ponen énfasis en dos aspectos: la riqueza natural y la bondad de los indios. Sin embargo, pocos autores muestran interés en estudiar la visión que se tuvo sobre las indígenas. Por ello, se analizan algunas imágenes que vincularon a las mujeres del Caribe con prácticas de canibalismo e infanticidio, y que fueron producidas para normalizar su extirpación, incluso si no se contaba con una evidencia clara e irrefutable de tales actos.

Palabras clave: imaginario social patriarcal, canibalismo, pigmentocracia, pensamiento latinoamericano.

ABSTRACT

Several chronicles on the discovery and exploration of America highlight two aspects: the natural wealth of the region and the kindness of the Indians; nevertheless, few authors seem to be interested in studying how indigenous women were perceived. It is therefore that an analysis is here made of some images linking women of the Caribbean to cannibalism and infanticide—made so as to justify the eradication of these practices even if there was not clear and irrefutable evidence supporting their existence.

Key words: social patriarchal imagination, cannibalism, pigmentocracy, Latin-American thinking.